

SOCIOLOGIA Y LITERATURA

En el presente artículo se intenta demostrar que la literatura, al ser un producto social, está sujeta a las mismas leyes que rigen a la sociedad. Se analiza la evolución de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta la actualidad, considerando los factores sociales que han influido en su desarrollo. Se concluye que la literatura no es un fenómeno aislado, sino que está profundamente vinculada con la realidad social de su tiempo.

Entre los grandes escritores que han marcado la historia de la literatura argentina, se destaca el nombre de Ricardo Güiraldes. Su obra, especialmente *Don Segundo Sombra*, refleja con gran profundidad la vida social y cultural de la Argentina de su época. A través de la novela, Güiraldes logra captar la esencia de la vida rioplatense, mostrando la lucha entre el individuo y la sociedad.

En el presente artículo se intenta demostrar que la literatura, al ser un producto social, está sujeta a las mismas leyes que rigen a la sociedad. Se analiza la evolución de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta la actualidad, considerando los factores sociales que han influido en su desarrollo. Se concluye que la literatura no es un fenómeno aislado, sino que está profundamente vinculada con la realidad social de su tiempo.

Analizando los datos, llega a concluir que la literatura argentina, en sus diversas manifestaciones, ha sido siempre un reflejo de la realidad social. Los escritores, al crear sus obras, están influenciados por el contexto social en el que viven, lo que les permite expresar las preocupaciones y aspiraciones de su tiempo.

En conclusión, la literatura es un fenómeno social que evoluciona junto con la sociedad. Los escritores, al ser parte de una comunidad, están influenciados por sus valores y normas. Por lo tanto, la literatura no solo refleja la realidad, sino que también contribuye a la formación de la conciencia social de una nación.



LITERATURA

En el presente artículo se intenta demostrar que la literatura, al ser un producto social, está sujeta a las mismas leyes que rigen a la sociedad. Se analiza la evolución de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta la actualidad, considerando los factores sociales que han influido en su desarrollo. Se concluye que la literatura no es un fenómeno aislado, sino que está profundamente vinculada con la realidad social de su tiempo.

Entre los grandes escritores que han marcado la historia de la literatura argentina, se destaca el nombre de Ricardo Güiraldes. Su obra, especialmente *Don Segundo Sombra*, refleja con gran profundidad la vida social y cultural de la Argentina de su época. A través de la novela, Güiraldes logra captar la esencia de la vida rioplatense, mostrando la lucha entre el individuo y la sociedad.

En el presente artículo se intenta demostrar que la literatura, al ser un producto social, está sujeta a las mismas leyes que rigen a la sociedad. Se analiza la evolución de la literatura argentina, desde sus orígenes hasta la actualidad, considerando los factores sociales que han influido en su desarrollo. Se concluye que la literatura no es un fenómeno aislado, sino que está profundamente vinculada con la realidad social de su tiempo.

Analizando los datos, llega a concluir que la literatura argentina, en sus diversas manifestaciones, ha sido siempre un reflejo de la realidad social. Los escritores, al crear sus obras, están influenciados por el contexto social en el que viven, lo que les permite expresar las preocupaciones y aspiraciones de su tiempo.

En conclusión, la literatura es un fenómeno social que evoluciona junto con la sociedad. Los escritores, al ser parte de una comunidad, están influenciados por sus valores y normas. Por lo tanto, la literatura no solo refleja la realidad, sino que también contribuye a la formación de la conciencia social de una nación.



RAUL CHAVARRI PORPETA

SOCIOLOGIA Y LITERATURA

*Las transformaciones sociales y
su reflejo en la literatura de Latinoamérica*

Entre los grandes fenómenos que marca nuestro tiempo, uno es la evolución de la estructura social definida por el profesor francés Raymond Aron como paso de la sociedad tradicional a la sociedad industrial que, lógicamente, da lugar a la permanencia de unas específicas formas sociales tradicionales en el horizonte de las formulaciones industriales con su secuela de inevitables enfrentamientos (1).

Igualmente, Rostow, en su intento de analizar la mecánica del crecimiento económico de los diversos países, pone el acento en esta transformación como marco de un proceso decisivo y decisorio que, no solo por diferentes derroteros económicos, sino produciendo su impacto en casi todas las estructuras en que se ordena la vida del individuo, llegan a variar completamente su horizonte y características, dando lugar a una tensión social, propia de los momentos de transición e incluso a un diferente modo de ser (2).

Analizar este paso, llegar a conocer exactamente los procesos sociales, políticos, internacionales y, en última instancia, psicológicos y mentales que marcan este tránsito, no es, en absoluto, en nuestro tiempo una tarea especulativa, sino una labor de estudio que no

(1) Raymond Aron. *Dix huit leçons sur la société industrielle*, Ideas NRF, París, 1962, pp. 97 y ss.

(2) W. W. Rostow. *Las etapas del crecimiento económico*, Fondo de Cultura, México, 1961, pp. 23 y ss.

solo debe ser realizada en los distintos órdenes concretos en que se articulan la ciencia y el pensamiento, sino que, también, debe buscarse en el encuentro de técnicas científicas o actitudes distintas y así, por tanto, no es tarea exclusivamente del hombre de ciencia, del historiador o del periodista, sino punto de encuentro de economistas, estadísticos, sociólogos e incluso críticos literarios.

Cualquier aspecto en el que este proceso pueda ser analizado, encerrará, sin duda alguna, un importante conocimiento sobre la realidad de nuestro tiempo, y facilitará de manera prodigiosa el planteamiento de las técnicas de desarrollo y crecimiento en aquellos países que todavía se encuentran alejados de la prosperidad e inmersos en el cuadro un tanto rígido de sus vetustas sociedades tradicionales.

La tarea abordada en el presente artículo equivale a proponer al pensamiento algunos conocimientos de sociología e historia social del mundo iberoamericano, con algunos testimonios literarios de las últimas generaciones artísticas del continente. Sigue, por tanto, el derrotero ya marcado en otro trabajo anterior y se produce con la intención de no acabar en sí mismo, sino de continuarse en otros aspectos y análisis realizados a partir de este esquema (3).

La razón de la elección del marco sociológico y literario en el mundo iberoamericano descansa principalmente en que Iberoamérica es todavía la base de una realidad desconocida incluso para los que, como los españoles, hablamos el mismo idioma que la mayoría del continente. Igualmente el contraste ya señalado en otra ocasión, como país subdesarrollado en lo material pero de profundo desarrollo cultural y espiritual, da a cualquier examen que se oriente en este sentido un especial interés (4).

Por último, existe el hecho de la profunda personalidad de la literatura iberoamericana, que como ninguna otra en el mundo moderno se desarrolla vertiginosamente más próxima al periodista que al historiador, más pródiga que la europea en dejar testimonio de problemas e inquietudes sociales, de convulsiones económicas, de transformaciones políticas: literatura de un gran cuadro histórico, pero no de una historia situada ya en los confines del pasado, sino una historia abierta, ofrecida a los linderos del futuro.

La literatura en América no es el reflejo de una minoría colocada fuera del tiempo, no es punto de cita ni lugar de reunión de perso-

(3) Nuestro trabajo *La preocupación social en la literatura hispanoamericana*. Segundas Jornadas Iberoamericanas. D. N. Organizaciones y C. M. Nuestra Señora de Guadalupe, Madrid, 1963.

(4) *Aventura y desventura en la América ibera*. Ediciones Jornal, Madrid, 1961.

nas distantes de la realidad, sino un tamiz por el que en una o en otra época atraviesan personas, ideas y movimientos, individualidades y colectividades, egoísmos y altruísmos.

El hombre de letras iberoamericano se sabe impotente en el flujo desmesurado de los acontecimientos, pero sabe, también, que este, como los viejos caminos de incas, aztecas o mayas, puede llevarle a cualquier parte; los únicos países de nuestro mundo actual en los que no es raro ver la llegada al Poder de un poeta, o un novelista, como Guillermo León Valencia, Juan Bosch, Rómulo Gallegos o Mario Monteforte, están en América. El hecho y la idea, la razón y la fuerza, el Derecho político de raigambre anglosajona y la tradición ibérica de cabildos o municipios, el general o el educador, las cooperativas o los sindicatos, todos pueden tener su ocasión en los países agitados y estremecidos de un continente al que el francés Roger Caillois ha denominado como el "del tercer día de la Creación". Poetas y novelistas, universitarios y autodidactas, políticos de acción o de pensamiento, todos se ven sumergidos en la corriente de una vida desigual en su ritmo, que unas veces se detiene intemporal y estática como los ídolos antiguos en los templos devorados por la selva, y otras, se acelera y precipita con la fiebre irreflexiva de la revolución industrial o estremecida por la violencia de la revolución política. El tiempo americano es un tiempo del futuro, América es un país del futuro que rompe cada día un poco con su propio pasado, saltando violenta e incluso imprudente hacia un mañana cada vez más problemático.

En esos escenarios abundan sugerencias y testimonios literarios de toda índole; el asno junto al Cadillac, el gran contraste de la raza marginada, auténticamente americana, entre el atropellarse de los nuevos americanos (5).

Las tres Américas, de ayer, de hoy y de mañana, entablando el diálogo, oponiéndose ferozmente, defendiendo candidaturas políticas o construyendo factorías contra el ataque de la selva.

Tierra de contrastes; el indio sobre la acera, la "favela" suburbana junto al rascacielos millonario de ventanas; y en este choque nuevas formulaciones, un humanismo de las grandes transformaciones y coyunturas de nuestra época, el impacto del desarrollo sobre el modo de ser y sobre la dignidad y condición del hombre; ante estos contrastes y su carga de perplejidades e ignorancias, la literatura iberoamericana acude, unas veces parcial, otras generosa, a llenar el es-

(5) Víctor Alba, *Le mouvement ouvrier en Amérique latine*. París, 1953.

cenario del teatro, en la novela, el ensayo, el artículo periodístico o, incluso, en la poesía, esta necesidad.

— Naciones que están surgiendo cuentan sin falsos pudores ni hipocresías sus experiencias en la tarea de hacer su cultura, por tanto, ningún escritor como los de Iberoamérica para que nos hable, de sus posibilidades y tensiones en esta hora del pulso y la actitud de los grupos sociales en la época del gran cambio que ve transformarse la sociedad tradicional en industrial (6).

I

LATINOAMERICA, ESCENARIO DE UNA GRAN TRANSFORMACION

En su corta existencia histórica, Iberoamérica ha pasado por casi todas las peripecias y vicisitudes que marcan la configuración del mundo moderno. Quizá, por esta razón, se da, como en ningún otro país del mundo, el fenómeno de una acusada relatividad temporal. Toda la historia de los países de Hispanoamérica en su planteamiento como naciones independientes se instrumenta breve, siendo frecuente que en letras o palabras encontremos frases como esta: “hace mucho tiempo, lo menos en 1910”, e, igualmente, que en Iberoamérica se celebra no solo centenarios sino sexquicentenarios. Por esta razón, existen en casi todos los países iberoamericanos figuras que están proyectadas en dos épocas distintas y en dos diversos modos de vivir; así, por ejemplo, el Coronel argentino Lucio Mansilla vive en los primeros años del siglo, el ambiente de la “belle époque” parisense, pero también en su lucha contra los indios ranqueles en la pampa salvaje, sus modos de vida y guerra de astucias y violencias, la pelea de lanza, jinetes y boleadoras, a que se ve lanzado, le obliga a vivir en el estilo propio de la edad media, una edad media argentina, cuyo testimonio puede encontrarse en viejos daguerrotipos y en ediciones de periódicos (7). Estas particularidades producen, históricamente, un despegue de la existencia humana, intensa y abigarrada, y, por esta razón, la historia en América es algo totalmente próximo, realidad no rememorada, sino recordada o incluso vivida, que todavía puede ser maestra en el mejor de los ejemplos clásicos por razón de su vital proximidad.

(6) Ver Conocimiento y desconocimiento de América. Unión Panamericana, Washington, 1961.

(7) Sobre Mansilla, ver el excelente artículo de Agustín de Foxá en *La otra orilla*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1955.

Cualquier recorrido por la historia de un país iberoamericano nos revela el encuentro del hoy con el ayer, el impacto de una realidad que se encuentra a su sucesora en el tiempo, de una sociedad que mantiene ocasional diálogo o al menos contacto con la estructura social llamada a sustituirla. El encuentro de dos mundos que marcan los conquistadores ante los grandes emperadores aztecas, mayas o incas, es prácticamente una constante en la vida iberoamericana en la que cada época presencia la llegada de nuevas formas de vida que van a hacer inválidas sus convicciones ideológicas y a desalojarlas de sus posiciones. Por esta razón, en Iberoamérica la idea europea de la revolución es un recurso habitual, una necesidad social y, en ocasiones, casi una institución política (8).

Por una serie de causas susceptibles de ser analizadas desde diversas perspectivas, Iberoamérica es tradicionalmente el continente de los golpes de Estado, hasta tal punto que, entre 1930 y abril de 1963, se dan 39 golpes de Estado triunfantes, innumerables fracasados, lo que revela una dinámica político-social sin semejanza en ningún otro continente (9).

En Iberoamérica, la gran prueba que represente la iniciación de un proceso de industrialización se desarrolla con unas características muy acusadas; de hecho, la mayoría de los países del viejo continente o, incluso, Estados Unidos, se van apoderando de las fuerzas de producción para explotarlas en la órbita, medidas y necesidades, no de la economía del país en que se encuentre, sino de la nación más o menos poderosa y desarrollada que ha iniciado esta explotación, pudiendo hablarse, así, de un imperialismo económico, primero europeo, después norteamericano, que llena la parte más importante de la historia económica de Iberoamérica; el planteamiento de este desarrollo industrial marca ya de por sí el encuentro de dos civilizaciones industriales, una incipiente y productora de primeras materias, otra más poderosa y con un alto nivel de capacidad manufacturera, creándose un tipo específico de sociedad colonial totalmente diferente a la realizada en otros países de África, Asia u Oceanía, en los que el sistema colonial se basa en el poder político, mientras que en el caso americano la forma propia es siempre un poder económico determinante de todas las formas de convivencia entre los grupos que constituye en la formación de unas oligarquías nacionales resultantes de la unión de los antiguos terratenientes con los representantes de las

(8) Werner Hannes. *La revolución americana*. México, 1960.

(9) Edwin Lieuwen, *Armas y política en América Latina*. Sur. Buenos Aires, 1956.

grandes empresas explotadoras extranjeras. El resultado es que la industria en casi todos los países, salvo, quizá, la excepción mejicana, sea el encuentro de dos formaciones de poder económico; uno tradicional y otro de nueva formulación; por otro lado, se observa cómo las colonias americanas que, como dependencias españolas tuvieron desarrollo más tardío, Argentina y Uruguay, son, por el contrario, las naciones que con más rapidéz han instrumentado una relativa independencia económica y han llegado a plantearse en términos de relativo privilegio respecto al resto de los países, quizá, como señala Teichert, por el hecho de que dada su gran distancia de Estados Unidos intentan aplicar su economía a constituirse en países complementarios del dólar, consiguiendo, por el contrario, entrar en competencia con Estados Unidos, llegando a Europa y a sus mercados con sus productos, en competencia con la propia oferta norteamericana.

La diferenciación que puede señalarse entre países como Uruguay y Méjico, que son de los primeros en iniciar el camino de la industrialización, pero que, en su historia político-social siguen derroteramente distintos, puede señalarse, con mayor abundancia de testimonios, entre países como Argentina y Bolivia, de geográfica proximidad pero de gran diferencia en cuanto a sus formas sociales características (10).

Rostow y Aron marcan el acento de unas peculiaridades en el desarrollo, un nacionalismo del desarrollo llegando a establecer en una cierta medida las formas propias de ordenar su desenvolvimiento económico países diferentes. Quizá, por esta razón, esta relatividad temporal y esta constante producción de transformaciones sociales, hacen de Iberoamérica el continente en el que con mayor fuerza se marca este repertorio de peculiaridades nacionales. Por ello, en cuanto la definición de la peculiaridad nacional del desarrollo puede ser una excelente ayuda para los economistas, los políticos o los sociólogos, todas aquellas ayudas que el historiador o el crítico literario pueden aportar siguiendo las orientaciones que en Europa han marcado Hausser. P. H. Simon y Grenzmann (11), pueden ser de notable valor para la definición de la localización de características humanas, sociológicas o históricas difíciles de detectar en la estadística, pero de decisiva importancia para la consideración del desarrollo.

(10) P. C. M. Teichert. *Revolución económica e industrialización en América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961, pp. 252 y ss., 303 y 304.

(11) Hausser, *Historia social de la literatura y el arte*. Madrid, 1962, P. H. Simon. *Temoins de l'homme*. París. Armand Colin, 1951; Grenzmann, *Fe y creación literaria*. Rialp. Madrid, 1961.

II

LA SOCIEDAD TRADICIONAL IBEROAMERICANA

En el intento de establecer una serie de categorías que orienten esta doble tarea, la primera determinación tendrá que ir sobre la peculiaridad del concepto de sociedad tradicional iberoamericana, en la que por razón de este tenso proceso, al que anteriormente nos hemos referido, y de su abigarrado contenido de sucesos y acontecimientos en plazos de tiempo de evidente brevedad, prácticamente, se da una acelerada sustitución de la sociedad tradicional por una sociedad preindustrial, en la que forma y modos propios de unas y otras se confunden de manera evidente.

La sociedad tradicional iberoamericana comienza siendo una sociedad colonial que gira en la órbita de una metrópoli lejana y en la mayoría de las veces ignorante, desconocedora o desentendida del destino de la colonia. Este sentido colonial de la sociedad antigua iberoamericana se refleja en el moderno mercado por la sustitución de la metrópoli política del antiguo régimen por las metrópolis económicas, culturales o sociológicas del mundo moderno. Si en el siglo XVIII Méjico, Río de Janeiro o Buenos Aires, intentaban vivir en la hora de Madrid o Lisboa, en el siglo XX las ciudades iberoamericanas, no pueden evadirse al peso económico de la Bolsa newyorkina o londinense, a las sugerencias culturales de Madrid, Lisboa o París, y al contagio ideológico que bien puede venir de estas capitales o bien puede revestir la forma mucho más peligrosa de una lejana invitación a un metropolitanismo ideológico de Moscú (12).

Por estas razones, el sentido colonial de la existencia histórica pesa en la vida americana mucho más de lo que puedan advertir, incluso los americanos modernos, promoviéndose en dos órbitas, en cuanto a la recepción de un colonialismo creador en la cultura, prácticamente limitado a la expansión de la cultura española o portuguesa por Iberoamérica, a una posterior difusión de las formas culturales francesas, más superficiales y menos decisivas de lo que puede creerse, y a una relativa extensión de una cultura tecnicopragnática de origen norteamericano y base psicológica anglosajona, desarrollada en los últimos años. Mientras que el colonialismo cultural, en parte constitutivo de la sociedad tradicional iberoamericana, es fundamentalmente creador, en la Economía se da casi uniformemente un colonialismo

(12) Véase nuestra obra *Vecindad y Enemistad*. Madrid. I. E. P., 1961

extractor, en el que la explotación de materias primas se lleva a efecto siempre con un sentido de enriquecer a la metrópoli o a sus consejos de administración sin favorecer un desarrollo económico ni social en los países sobre los que estas estructuras se realizan. En cierta medida, el colonialismo cultural constituye la fuerza de acción del mundo iberoamericano, su punto de partida, mientras que el colonialismo económico constituye su fuerza de reacción, la muralla frente a la cual se definen hombres, ideologías y naciones.

Como resultado de este colonialismo cultural, la Iberoamérica colonial fue fundamentalmente una cristiandad, como ha afirmado Terradas en su maravilloso libro "Una Cristiandad Ultramarina", sociedad creadora de Universidades, irradiadora de cultura y totalmente alejada de un planteamiento capitalista de la explotación de los recursos económicos, que solo puede surgir al amparo de la mentalidad protestante (13).

De esta sociedad tradicional esencial, el proceso agitado de la independencia permite subsistir a sus factores más contradictorios, rompe la armonía comunitaria intentando sustituir una vida basada en el armónico juego de la institución municipal y en las relaciones de vecindad y trabajo por un esquema anglosajón de organización liberal de la economía y democrático-sufragista de la política.

Por esta razón, se puede hablar de dos sociedades tradicionales, la colonial y la independiente, una categórica, fundada en sus más firmes razones y basada en ejemplos clásicos de organización de la convivencia, y, otra, accidental y episódica, falta de anclaje en lo social y en lo político y que intenta colocar sobre una realidad fundamentalmente antagónica una forma de organización basada originalmente en experiencias históricas y vitales diferentes. El resultado es que esta sociedad tradicional independiente se despliega entre un inacabable repertorio de contradicciones: su carácter episódico se refleja en la diversidad de la experiencia histórica, en la proliferación de actitudes políticas que, incluso, llegan a negarse a sí mismas (Brasil y México, regresando a las fórmulas imperiales después de su independencia; Haití, como sorprendente aventura de tiranía monárquica, casi faraónica).

Un reflejo de estas realidades son las sociedades americanas, en las que junto a capitales ancestrales del imperio originario, como México y El Cuzco, son frecuentes las ciudades de fundación española

(13) Jean Terradas, *Une chrétienté d'outre mer*. Nouvelles Editions Latines, 1960.

y las formas de asentamiento de origen más reciente e, igualmente, se da el espectáculo impresionante de las ciudades muertas, el gran amontonamiento de edificios, como Manaos, en Brasil, o Marfil, en México, que vivieron horas de gloria respondiendo a necesidades y vicisitudes de la existencia nacional y hoy son vastos museos de un pasado casi inmediato, con su impresionante abandono de casas y monumentos (14).

Esta sociedad, en la que la aplicación de las fórmulas propias del capitalismo anglosajón sobre las bases de unas sociedades cristianas han provocado el planteamiento de problemas sociales de dimensiones como nunca se conocieron, está atravesada por una serie de violentas corrientes que buscan su propia afirmación, dando contenido a la idea de libertad política incompleta opuesta a la realidad de una desigualdad económica y rectificándola en lo social.

Iberoamérica es, por estas causas, un crisol de experiencias sociales, en el que, por el camino de la transformación cruenta unas veces, pacífica otras, se intenta poner los beneficios de la sociedad al alcance de todos.

III

SENTIDO CATASTROFICO DE LA REVOLUCION INDUSTRIAL IBEROAMERICANA

Desde los lejanos antecedentes del mundo indígena o la sociedad colonial el trabajo ha tenido siempre una diferenciación clarísima entre su órbita artesana y su realización industrial. La necesidad de extraer los productos de la tierra da lugar a un trabajo de minería que, al igual que en otros pueblos de la antigüedad, en la América precolonial constituye una de las cargas que repercute sobre los esclavos, dando un sentido obligatorio o penoso a este primitivo trabajo industrial, que se refleja en la existencia de instituciones como la Mita y la Corvea, por las que se plantea la obligación ineludible del trabajo en la mina, hasta tal punto que, como afirma un antiguo refrán, "indio mitayo, es indio muerto", y, en virtud de tal, los indios eran velados por sus parientes en vísperas de salir para trabajar en las minas. Por razón de estos antecedentes, la revolución industrial no provocó casi nunca este suave optimismo positivista propio de los países europeos, y una nueva fábrica es mucho más una nueva opor-

(14) Emile Callot, *La histoire et le geographie au point de vue sociologique*. Berger Levrault. París, 1957.

tunidad de explotación del hombre que una nueva fuente de vida y dinero para la comunidad (15).

La consecuencia de un mantenimiento de una oligarquía de la tierra que, en gran parte, se ha consolidado con las guerras de independencia, da al panorama económico sobre el que se inscribe la revolución industrial un carácter de forzosa necesidad, al repercutir el control de la industria por parte en los capitalistas extranjeros y en las oligarquías terratenientes nacionales con las que la industria se desarrolla de acuerdo con una serie de categorías que en terminología de Henry Raymond (16) ha sido llamada industria extraterritorial, satélite y complementaria. La industria extraterritorial es aquella en la que a los trabajadores, por razón del fuerte control de poder sobre el que se afirma la Empresa, no llega ninguno de los beneficios ni los avances de la legislación social.

La industria satélite es aquella que produce en virtud de una manufactura o de un mercado que no son los suyos, y por tanto sus vicisitudes económicas no contemplan ni al bien común del país ni mucho menos al de sus trabajadores.

Industria complementaria es la que por un sistema de relaciones económicas depende de su adscripción a unas determinadas formas de producción extranjera y, por tanto, las variaciones en la organización y los rendimientos de la industria principal son los que rigen sus condiciones de vida y trabajo. Por esta razón, mientras que la confluencia, prácticamente en las mismas manos de la propiedad de la tierra y de los establecimientos industriales determinen una cristalización social del bienestar, la dependencia de los ajenos intereses, determina un alejamiento social de los beneficios y, por esto, la industria es una oportunidad y una vieja esperanza tras la que el trabajador agrícola se convierte en obrero, pero que en la mayoría de los casos en fábricas, minas, almacenes o talleres no encuentra sino trabajo agotador, infraalimentación y una justicia condicionada a los poderes económicos, que determina, en las más de las ocasiones, las peores situaciones sociales.

Un factor denunciado por el economista indio P. R. Brahmananda interviene de manera decisiva en este carácter fatal de la industrialización Iberoamericana, y esta es la posición de los alimentos como

(15) M. Mejía. *El trabajo forzado en América Latina*. I. E. S. M. México, sin fecha de edición.
nes, 1960.

(16) Henry Raymond, en *Revista Esprit*. Octubre 1958, p. 367.

productos críticos actuantes de forma limitativa en el progreso económico de los países subdesarrollados por el que, al plantearse en la mayoría de los casos una política de expansión industrial sin consolidarse convenientemente una política económica de la alimentación, la industria viene a causar desequilibrios tremendos y a determinar una baja en la producción de algunos artículos alimenticios de primera necesidad, que si en algunos países de América no llega a producirse y en ninguno alcanza las características tensas que en la India, en otros constituye la base de la acentuación de este carácter catastrófico (17).

Igualmente acentúan este aspecto las enormes proporciones de los negocios extranjeros en Iberoamérica, que en unos años, no particularmente significativos como 1950, llegaron a 682 millones de dólares, debiéndose tanto a la importancia de las explotaciones industriales norteamericanas en Iberoamérica como a las óptimas condiciones para los norteamericanos en que se realizaban estas explotaciones.

De hecho, es reciente el empleo de las fuerzas del proceso de industrialización iberoamericano de acuerdo con los dictados de una política ortodoxa, esto es, como un medio de aumentar la producción y elevar el nivel de vida, y esto por dos razones; la primera es que los Gobiernos hispanoamericanos tuvieron que empezar por sí mismos el proceso del desarrollo económico a fin de romper el cerco de pobreza e imperialismo que tenía presionadas sus economías hasta hacer que en casi todos los países, y, quizá Méjico sea un ejemplo en esta tarea, la planificación estatal se convirtiera en una parte integrante de la economía iberoamericana, lo que no quiere decir, en absoluto, que sea un síntoma de socialismo sino un aspecto propio del paternalismo gubernamental inherente a la tradición ibérica de la experiencia cultural e histórica iberoamericana (18).

La segunda característica está en que las políticas de productividad de concepción anglosajona, dirigidas a obtener la utilidad máxima en el proceso monetario, no siempre constituyen la meta primordial del esfuerzo individual y colectivo iberoamericano.

También es digno de observarse que ya en fecha próxima a nosotros, los iberoamericanos han evidenciado una excesiva confianza en el consejo técnico y en la aproximación a estos consejos de profesio-

(17) *El desarrollo económico y América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960, pp. 492 a 498.

(18) V. L. Urquidí. *Viabilidad económica de América Latina*. Fondo de Cultura Económica. México, 1962.

nales de nacionalidades y formación diversa; así, por ejemplo, las Misiones de Economistas Extranjeros en algunos países iberoamericanos han llevado a la adopción de medidas que, por prematuras y por no acomodarse a este nacionalismo del desarrollo al que antes nos hemos referido, deriva en crisis parciales y generales, algunas veces de lamentables consecuencias; por todas estas causas, aun en los países de Iberoamérica que atienden con mayor desvelo al bienestar de sus clases trabajadoras, el proceso industrial y las medidas económicas constituyen una fuente de males y preocupaciones no solo para las clases propiamente trabajadoras, sino también para unas clases medias que, como los restantes grupos sociales de los diferentes países, se encuentran generalmente amenazadas por la más intensa de las crisis.

IV

PERSPECTIVAS DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Quizá sea un tanto parcial hablar de sociedad industrial en el mundo iberoamericano, pues en una concepción puramente estructural, la agricultura sigue constituyendo el sector más amplio de la vida económica en la mayoría de los países y en el conjunto total de las naciones, son pocos los que se basan en un armónico desarrollo industrial, y una aplastante mayoría los que asientan todavía su economía sobre la agricultura siendo significativo que en la experiencia boliviana de su revolución, el grupo en el Poder haya buscado la expansión económica no tanto por el incremento del proceso de industrialización como por la colonización y puesta en cultivo de nuevas zonas agrícolas características, realmente, definitivas de gran significación por cuanto revela no solo la dependencia presente de Iberoamérica respecto de la agricultura, sino su mayor confianza en la agricultura que en otras formas de producción.

Desde este concepto, relativo cuantitativamente de la sociedad industrial iberoamericana, se hace necesario establecer otro concepto cualitativamente relativo; es el de que si las condiciones industriales de la sociedad iberoamericana solo afectan como productores a unos cuantos sectores determinados, igualmente es muy reducida su importancia en cuanto al consumo, dado que solo unos sectores en la población de la mayoría de los países, y unos pocos países, han alcanzado niveles de vida suficientes para plantearse como consumidores en términos industriales.

Pero si es relativo hablar de una sociedad industrial Iberoamericana en sus aspectos positivos, sí lo es en su problemática. Los últimos años han presenciado en Iberoamérica la producción de una serie de acontecimientos característicos de una sociedad industrial (19).

De un lado, el hacinamiento material y moral en las grandes ciudades, con su correspondiente secuela de proletarización y socialización; de otro, la entrada en términos de competencia de las ideologías e intereses propios de dos grandes sociedades industriales, Rusia y Estados Unidos, que hoy dirimen el dominio del mundo. Igualmente, el planteamiento de los sindicatos como fuerzas sociales activas en la vida de las naciones, el incremento de los movimientos mutualistas y cooperativos y, paralelamente, el descrédito de las viejas organizaciones políticas partidarias, cada vez menos capaces para representar e integrar los intereses reales de la hora actual.

Fenómeno que se revela, con mayor claridad que en otros países, en Argentina, con el mantenimiento reiterado de una crisis surgida por la imposibilidad de quitar al movimiento justicialista la impronta personal de su fundador y la inutilidad de los viejos partidos para ofrecer programas de acción real y eficaz a las masas aún fieles al peronismo; e igualmente evidente en Colombia, en donde una serie de auténticas políticas dotadas de auténtico sentido de la realidad atenúan sus diferencias buscando sustituir un mosaico de partidos y facciones en una línea de general entendimiento e interpretación de la realidad nacional, como marca la maniobra que han iniciado las facciones conservadoras al integrarse y que continuarán los liberales.

El planteamiento de la sociedad industrial marca todavía una nueva formulación en la dialéctica de lo imposible que es clásico del mundo iberoamericano, nuevas oportunidades se ofrecen a la acción individual o a la colectiva; por su esfuerzo, el hombre puede asegurar los frutos del progreso, hacer perfeccionarse sus comunidades y salvar dificultades e injusticias. El ejemplo asombroso de la acción cultural popular colombiana que, desde una pequeña emisora de radio, combatiendo aislada la ignorancia, ha llegado a ser una auténtica universidad popular revolucionadora del medio rural y promotora de la cultura del país, que pone el nombre de Radio Sutatenza entre los experimentos más nobles del espíritu humano, son ejemplos de esta nueva formulación.

La dialéctica de lo imposible sigue existiendo, promueve también nuevos esfuerzos y potencia nuevas realidades; la milagrosa transfor-

(19) G. S. Hudson y R. Borgnine. *Life in Latinamerica*. Nueva York, 1956.

mación de la educación iberoamericana de los últimos años, es una muestra de esta fuerza; el Director de la UNESCO reconoció en discurso ante los representantes de casi todos los países que componen la organización, en qué medida la experiencia y el esfuerzo educativo realizado en los países iberoamericanos constituían una excelente agenda y una espléndida ayuda para todos aquellos países subdesarrollados que tienen que plantear el problema y la estructura de su propia educación. Por esta razón, en la sociedad industrial iberoamericana se acentúa este carácter de potencia cultural en contraste con la falta de desarrollo material, el país desarrollado en lo espiritual y subdesarrollado en lo material que se ofrece como un ejemplo a las naciones del futuro.

V

TRADICION Y REVOLUCION INDUSTRIAL EN LA EN LA LITERATURA IBEROAMERICANA CONTEMPORANEA

Prácticamente, todos los países de Iberoamérica reflejan en su literatura, en uno u otro aspecto, este gran fenómeno de la transformación social determinado por la industrialización. Escritores de una y otra nacionalidad se muestran hábiles en exhibir las características y los problemas de sus vicisitudes históricas; ante ellos, la tradición va disolviéndose en el pasado y las nuevas formas de vida industrial se imponen, unas veces en su amenaza y otras en su esperanza.

Sin llegar, en absoluto, a un tratamiento exhaustivo, el tema de por sí rico y lleno de facetas, parece atraer la atención en algunas naciones iberoamericanas cuya literatura ha dado en sus más modernos autores abundantes y ricos testimonios de esta transformación social.

Argentina tiene una rica tradición literaria, en la que tres factores, lo regional, lo paisajístico y lo social, se confunden prácticamente en uno. Las obras de Gálvez, Alcides Greca, Gerchunof, Guiraldes y Benito Lynch nos identifican con una sociedad agrícola en la que se da el tipo del gaucho errabundo de sorprendente riqueza espiritual, asombroso tipo humano, vigoroso y lleno de serena reflexión que, al ritmo de los tiempos, se evidencia llamado a desaparecer y contemplar su inmediato pasado con la nostalgia de un tiempo sin retorno.

De allí, algunos autores como Gerchunof y Greca dan relieve a un tema espléndido y vigoroso, el del emigrante que con la perspectiva de una sensibilidad europea, echa raíces en el nuevo mundo que se

ha ofrecido a su valor y a su trabajo. "Los Gauchos judíos", de Gerchunof, "La Pampa gringa", de Greca, "Madre América", "Gente" y "Los Frutos amargos", de Dickman, son otros tantos ejemplos del ajustado tratamiento de esta cuestión.

Otros autores, como Bernardo González Arrili, Alvaro Yunque, Pablo Rojas Paz y Elías Castelnuevo, ponen de manifiesto diversas formas del problema social, narrando la explotación, la persecución policiaca contra los sindicalistas de los frigoríficos y mataderos, como en "Los charcos rojos" y "Protasio Lucero", de Arrili, o descubriendo y describiendo los problemas de la infancia proletaria y desvelada en "Barcos de papel", o el clima del hampa en una gran ciudad industrial, como en "Tutearse con el peligro", ambas de Alvaro Yunque, o narrando la vida de los trabajadores en la provincia de Tucumán, en las páginas de la novela "Hasta aquí no más", de Pablo Rojas Paz.

En Bolivia, encontramos la obra de Augusto Céspedes, que en su novela "Metal del diablo" lanza una vibrante acusación contra los magnates del estaño, y también a Fernando Ramírez Velarde, autor de la novela "Socavones de angustia", uno de los más impresionantes testimonios de la condición humana de los mineros en Iberoamérica.

Solo el catálogo de la literatura brasileña de carácter social, sin apenas otra referencia que los nombres de autores y obras, podría ocupar un trabajo tan extenso como este haciendo la simple relación de los más destacados, dedicándoles la mínima indispensable atención complementaria.

Brasil es un país en el que una aparente insensibilidad social, producida por la tremenda injusticia, encubre, en realidad, un enorme anhelo de bienestar, un ansia de vida desplegada, en los más heterogéneos medios de protesta y testimonio social, pues quizá sea Brasil el país en el que con más frecuencia los problemas sociales afluyen a las canciones populares de las que el desahucio, la falta de dinero, el hambre y los problemas del trabajo son temas dolorosos y solo aparentemente trivializados de sambas o marchiñas. Ha sido en Brasil donde se ha producido recientemente uno de los más importantes acontecimientos literarios desde el punto de vista del testimonio social; la aparición de la novela "Cuarto de despejo", de la mulata Carolina María de Jesús, patética historia de una mujer viviendo en los suburbios de una inmensa ciudad, al margen de una gran ciudad, viviendo en medio de la miseria, de la más elemental carencia, entre una población para la que la satisfacción de las más elementales ne-

cesidades constituye casi un tópico ideal de lujo, población marginal que lleva a la autora a describir con tremenda serenidad unas relaciones amorosas condicionadas no por el vicio, sino por la miseria.

Colombia es, con Méjico, el país más importante en la perspectiva de la novela social, pues colombiano era José Eustasio Rivera, nacido en 1888 y muerto en 1928, autor de la novela "La Vorágine", gigantesco testimonio de las condiciones sociales en la selva colombiana, en la que el caciquismo, el bandidaje y la violencia constituyen las dramáticas coordinadas, sobre las que el hombre en lucha con una selva feroz tiene que inscribir su intento de supervivencia. Acerca de La Vorágine, el Profesor de la Universidad Nacional de Colombia Jaime Ibáñez, ha afirmado su carácter de frustración novelística por cuanto la novela no ha logrado crear una escuela y no es en sí una sola ficción, sino un entramado de ficciones. Frente a este parecer se puede considerar a la obra de Rivera como una auténtica novela que en su profundidad temática, en su ambición y en su amplitud, deja un repertorio de imborrables sensaciones que quizá, sin haber producido una inmediata escuela novelística colombiana, sí, apenas, ha influido en novelistas como Eduardo Caballero Calderón, Osorio Lizarazo y Hernando Téllez, en cambio, ha abierto un enorme paréntesis y ha dado una profunda llamada de atención hacia el dolor del hombre iberoamericano en la hora en que las exigencias del progreso llevan al esfuerzo humano hacia la selva, constituyendo, junto con las novelas de la Revolución Mejicana, el anuncio de una gran floración de escritores que, sin obedecer a un intercambio concreto, casi sin comunicación y sin magisterio, están constituyendo una nueva literatura de gran fuerza y contenido social.

En Chile son quizá los poetas, y principalmente la magnífica Gabriela Mistral, Huidobro y Neruda, los más conocidos portadores de testimonios sociales en la literatura, pero también los hombres de teatro, como Heirremans; los cuentistas, como Baldomero Lillo, y los novelistas, como Gonzalo Grago, Carlos Sepúlveda, Manuel Rojas y Luis Orrego Luco, han realizado aportaciones de por sí estimables.

En Ecuador existe una interesante trilogía de novelistas, compuesta por Vera, Icaza y Alfredo Pareja Díaz-Canseco, de profundo significado social; de los tres, es quizá Pareja el que mejor refleja el tránsito hacia la forma industrial recién nacido de sus obras "La Baldomera", "El Muelle" y "La Huelga", que reflejan un sorprendente repertorio de sugerencias y unos documentos de intenso valor humano.

En Guatemala, Miguel Angel Asturias y Mario Monteforte, han narrado como nadie el dolor de la raza india impulsada en uno y otro sentido por las fuerzas económicas y sociales: los trabajadores lanzados a la revuelta, los agricultores sin tierra y también las dramáticas tensiones entre los militantes y su partido.

Méjico es el país primero en promover una revolución agraria, igualmente el que con más éxito ha acometido sus intentos de nacionalización, en donde florece una novela revolucionaria de enorme valor. Prácticamente el repertorio de escritores que dejan sentir esta transformación social y las vicisitudes de la dignidad humana a lo largo de ella, es inacabable y desborda por su propia riqueza los límites de este trabajo, lema impuesto desde Pedro Castera, firme y realista autor de la novela "Las minas y los mineros", hasta Fernando Benítez, autor de "El agua envenenada", la novelística mejicana moderna es un mosaico fabuloso en el que abunda la imagen valiente, violenta, la lucha social-política en todas sus formas, la movilización de los pueblos en busca de su propia justicia y el camino de la nación hacia la prosperidad (20).

Por último, citaremos un solo novelista panameño. Joaquín Beileño, que en su novela "Luna verde" narra las vicisitudes de los trabajadores panameños en la zona norteamericana del Canal de Panamá.

Solo un novelista y un poeta bastarían para hacer figurar al Perú en esta relación, por mucho que se limite: César Vallejo y Ciro Alegría, dignos de inscribir su nombre en la historia de la literatura universal.

Y, finalmente, Uruguay y Venezuela, con Enrique Amorim y Rómulo Gallegos, aportan también una huella personal e impresionante al tratamiento por las letras modernas de los problemas de la sociedad actual.

En todos los escritores citados, y en muchos otros cuya evocación se hace prácticamente imposible, hay un interesante campo de

(20) F. Benítez. *El agua envenenada*. Fondo de Cultura Económica. México, 1961. Véase *Informe del Párroco* en "Estafeta Literaria", Madrid, 27 abril 1963. Obsérvese la imposibilidad de citar las ediciones y editoriales de las obras en referencia, por lo que recogemos solo la más moderna.

estudio para el sociólogo y para el crítico literario que quiera conocer desde el fondo del alma humana las dimensiones de los grandes problemas y convulsiones que marcan el alumbramiento de la sociedad industrial de nuestro tiempo, y el tránsito hacia un nuevo mundo desde los supuestos de la antigua sociedad tradicional.

HELENA ARAUJO DE ALBRECHT

LA REBELDIA AUTENTICA EN LA OBRA DE JOSE GUTIERREZ

Sobre una rebeldía auténtica —como sobre una autenticidad rebelde— se puede escribir mucho. Se puede idear todo un sistema ético, filosófico y político. Hablar de moral abierta, devenir consciente y socialismo humanista. Vivir el fascinante dualismo ideológico que limita y extralimita la subjetividad, crea y destruye el mundo. Dejando la huella progresista —o quizás la mera protesta—, silenciada por el acontecer histórico. Es tal vez esta cualidad de incierto heroísmo lo que dota de interés a la obra de José Gutiérrez.

Tanto la noción de rebeldía como la de autenticidad simbolizan una toma de conciencia e implican un cambio (1). Así, la formación de una personalidad auténticamente rebelde se podría concebir como una evolución cíclica, dinámica, que culminase en la integridad. Esto haría perentoria la antología de una vida, de un pensamiento; en el caso de Gutiérrez, de una rebeldía, de una autenticidad. ¿Cómo y cuándo se hicieron reales en él, o, mejor, racionales?

EL DESPERTAR IRRACIONAL

Surgido de un ambiente convencional en que la aceptación social (2) tenía mayor trascendencia que la vocación y la iniciativa,

(1) Albert Camus dice: "La conciencia adviene con la rebeldía". *L'Homme Révolté*, p. 27. Gallimard, 1951. Heidegger habla de la "caída" en la existencia inauténtica y de la necesidad de superarla. *El Ser y el Tiempo*. Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

(2) En su obra *La Rebeldía Colombiana*, Ediciones Tercer Mundo, 1962, Gutiérrez se refiere al "peso específico de la aceptación social" como una fuerza de presión psicológica sobre el individuo.